

Del 2 al 5 de diciembre se celebró en Almagro el IV Encuentro de Poesía, organizado por el Área de Cultura de la Diputación de Ciudad Real; esta vez nos prestó la ocasión de compartir con Rafael Alberti su torrente de fuerza verbal y vital, con una mano puesta en el surrealismo y la otra en su ideología política. También pudimos disfrutar de los recuerdos y poesía de Lorca, los unos gracias a Fina Calderón y los otros a María Asquerino. Desde aquél hasta éstas, dos mesas redondas alrededor de "Las últimas generaciones en España" y de "La generación poética de los 50". Una asistencia numerosa —numerosísima con Rafael y con las damas— para este íntimo arte que es la poesía.

### I Jornada, Rafael Alberti

*MORDIDO en el talón rueda el dinero,  
y se retuerce ya en su sepultura,  
con la Iglesia y el hambre, la locura  
del juez, del militar y del banquero.*

*Mordida y por el mismo derrotero  
va la familia, llaga que supura,  
en una interminable calentura  
jugo de muladar y estercolero.*

*Huele a rabia, a saliva, a gente seca,  
contaminando un humo corrompido  
la luz que ya no alumbra, que defeca.*

*El cadáver del tiempo está podrido,  
y sólo veo una espantable mueca,  
una garganta rota, un pie mordido.*

En enero del famoso 36 se hacía público el cuarto número de "Caballo verde para la poesía", una revista nacida en la segunda república española y que, bajo la dirección de Pablo Neruda e impresa en Madrid, recogía las canciones de los poetas de la época: desde García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Leopoldo Panero, hasta Rafael Alberti y el propio Neruda, sobre dibujos de José Caballero, por citar a los famosos, haciéndose eco de ese feo vicio. Precisamente fue este número 4 el último que salió a la calle, pues el 5 y el 6, ya preparados, a los que "sólo faltaba coser los pliegos y agregar las tapas", según Neruda, quedaron para siempre —no se rescató ni un sólo ejemplar— en la imprenta madrileña de Manuel Altorraquirre, bajo las bombas que tiran los fanfarrones y con las que las gaditanas no se hicieron tirabuzón alguno.

Estos hombres, estos nombres, renacientes en el decenio republicano, asombrados en la guerra y desperdigados, heridos, muertos, después, son algunas de las joyas que pueden embellecer nuestra vida. Desde aquél punto en la historia, rojo y negro, el de referencia obligada para todos ellos, muy pocos son los que aún pueden regalarnos su voz; Alberti, sí, con sus ochenta y cuatro años y su largo pelo blanco y su desparpajo en la lengua y su brillo picarón —quizá— en los ojos.

El día 2 de diciembre pasado, como apertura del IV Encuentro de Poesía celebrado en Almagro, Rafael Alberti hizo presencia en el Convento de los Dominicos. Varios autobuses llegaron desde Ciudad Real y desde otros pueblos, rebosantes, en su inmensa mayoría, de gente joven; en este mar ruidoso y humano se abrió un pasillo por el que, lentamente, Rafael Alberti consiguió llegar a sentarse. Manuel Juliá Dorado inauguró brevemente el Encuentro y José María Arcos, actor tomellosero, presentó al poeta sirviéndose de unas líneas del libro nerudiano "Confieso que he vivido", en las que habla de Alberti y de la paz, de Alberti como inventor de la guerrilla poética, de Alberti cantor.

Halagado Rafael sube a escena; reconoce haber olvidado esas páginas. Su recital va a ser, más que nada, autobiográfico.

En 1902 nace en el Puerto de Santa María. Su primera vocación es la de pintor; con ella se marcha en 1917 hasta Madrid y esto fue lo que le convirtió en un "Marinero en



tierra": la nostalgia del mar le hace poeta. Esta primera obra fue premiada por un tribunal en el que tomaba parte Antonio Machado. Desde entonces ha escrito 30 ó 40 libros de poesía, además de teatro y conferencias.

Habla de Machado, de Lorca, de Miguel Hernández, como de "los tres poetas del sacrificio"; para homenajearles en esta ocasión, va que siempre les recuerda en sus recitales, va a leer un poema de cada uno de ellos. De Machado —mal vestido, triste— "el mejor de los poemas que sobre García Lorca se han escrito", publicado en "El mono azul", revista que se hace para los soldados. De Federico, "Arbolé, arbolé". De Hernández, algo más tarde, "Vientos del pueblo", ya que eso era, un viento del pueblo, este poeta del campo que recitaba sus poemas en cualquier sitio, creando el calificativo de "poetas en la calle" que esta generación se ganó a pulso.

Otro nombre mencionó, y fue el de su amigo Pablo Picasso, con el que siempre hablaba de cosas divertidas. Aquí recitó un gracioso poema inspirado en los varios nombres del pintor, a saber: Pablo, Diego, José, Francisco de Paula, Juan Lepomuceno, María de los Remedios, Crispín, y Crispiniano de la Santísima Trinidad.

También le dedicó otro poema a sus increíbles ojos: "Pablo, ¿no te duelen?".